

PÉREZ SIQUIER

Colecciones Fundación Mapfre

Carlos Pérez Siquier (Almería, 1930-2021) es una figura fundamental en la historia de la fotografía española, no solo por su obra de más de seis décadas, que en determinados momentos se adelantó al propio relato que estaba escribiendo junto a sus coetáneos, sino también por su contribución a la evolución y la especialización del medio fotográfico. Siempre se consideró un fotógrafo eminentemente intuitivo, y su visión y su compromiso con el medio lo convirtieron en pionero de la vanguardia fotográfica en España.

Pérez Siquier residió toda su vida en Almería, su ciudad natal. Desde esta provincia, lejana y abandonada hasta la llegada del turismo en los años sesenta, construyó una obra libre, profundamente moderna, comprometida y poética, al margen de las modas y los convencionalismos que los grandes centros de producción como Barcelona o Madrid imponían. Inició su carrera documentando la humilde vida del barrio almeriense de La Chanca, para después retratar, mediante una mirada antropológica e irónica, con sensibilidad y humor, el turismo de masas en las playas próximas a la ciudad.

La obra de Pérez Siquier se caracteriza por una gran variedad de temáticas y estéticas a través de las cuales el fotógrafo experimenta con la forma y el lenguaje visual para plasmar las transformaciones de todo un país desde su entorno más próximo. Desde sus comienzos en los años cincuenta, en los que España se despertaba lentamente del letargo de la posguerra, Pérez Siquier destacó por su capacidad para capturar la realidad social y cultural de su tiempo. Influido por el neorrealismo italiano en sus inicios, su primera serie fotográfica en el barrio de La

Chanca es un claro ejemplo de su enfoque antropológico y su habilidad para reflejar la dignidad de los más pobres. Sin hacer exhibición de ello, pero tampoco sin ocultarlo, estableció un nuevo patrón para la fotografía documental en nuestro país.

En 1950, junto a José María Artero, fundó la Agrupación Fotográfica Almeriense y más tarde la revista *AFAL*, punto de encuentro para el medio y motor de la vanguardia fotográfica española, que ayudó a consolidar y difundir la obra de una extraordinaria generación de fotógrafos en una época en la que se les empezaba a reconocer como artistas.

A partir de los años sesenta, Pérez Siquier fue uno de los pioneros que se pasó definitivamente al color, con el consiguiente rechazo de sus colegas, lo que le permitió explorar nuevas formas de expresión y ampliar su repertorio visual con la ruptura extraordinaria que supuso la serie «Informalismos». En la década de 1970, las fotografías de los bañistas que ocupan desordenadamente las playas almerienses tras el despegue del turismo son tan adelantadas a su tiempo que tardarán años en ser reconocidas por el medio, pero se acabarán convirtiendo en su obra más popular. Su trabajo en color no solo documentó un cambio social significativo, también demostró la capacidad de Pérez Siquier para innovar y adaptarse a las nuevas tendencias combinando su precisión técnica con una sensibilidad poética y un humor sutil. Así, la influencia del arte pop se fue dejando ver para sorprender con imágenes que juegan con objetos, planos o colores. Sus últimas series —«Encuentros» y «La Briseña»—, más intimistas, retratan paisajes e interiores que invitan al silencio y al recogimiento a través de una mirada más serena que sigue reconociendo en la aparente simplicidad de lo cotidiano la profundidad de lo extraordinario.

Eva M. Vives Jiménez

Comisaria



«LA CHANCA» 1956-1962

Estas imágenes representan el inicio del compromiso fotográfico de Carlos Pérez Siquier con su entorno más cercano: el barrio almeriense de La Chanca. Definida por el propio autor como un «reportaje puro», la serie «La Chanca» se construye a lo largo de varios años de visitas regulares al barrio, donde el fotógrafo se integra como observador respetuoso y como cómplice de la vida cotidiana. Lejos de una mirada paternalista o sensacionalista, Pérez Siquier retrata la dignidad de una comunidad periférica marcada por el subdesarrollo, los bombardeos y la pobreza, pero también por la resistencia, la alegría y la identidad compartida. Estas fotografías en blanco y negro, influenciadas por el neorrealismo italiano, captan la espontaneidad de las personas que habitan las cuevas y las casas de La Chanca, en un entorno urbano que queda al margen del desarrollo turístico y económico de la época. La serie se convierte en el testimonio de una España olvidada y en una lección sobre cómo acercarse a los menos favorecidos sin arrebatarles su dignidad.

«LA CHANCA EN COLOR» 1962-1965

Tras el impacto documental de la serie en blanco y negro «La Chanca», Carlos Pérez Siquier emprende una nueva aproximación al mismo barrio, esta vez desde una perspectiva cromática que transforma el discurso visual. «La Chanca en color» no es una mera continuación, sino una reinterpretación que abandona el tono neorrealista para explorar las texturas, los volúmenes y las superficies arquitectónicas del entorno urbano. Las imágenes capturan la vibrante paleta de fachadas encaladas, ropa tendida y objetos cotidianos, y anticipan su interés por el color como herramienta narrativa, que más adelante desarrollará en series como «Informalismos» o «La playa».



«INFORMALISMOS» 1965

En la serie «Informalismos», Carlos Pérez Siquier abandona la figura humana para centrar su mirada en las superficies de los muros de La Chanca. Estas imágenes en color plasman la superposición de capas de pintura, carteles y texturas que los habitantes han ido depositando en ellos a lo largo del tiempo, convirtiendo cada muro en una suerte de estrato arqueológico que conserva la memoria colectiva. La elección del color como herramienta expresiva sitúa a Pérez Siquier en diálogo con las poéticas del informalismo pictórico que dominaron el arte español en los años sesenta. En estas fotografías, el muro no es solo un telón de fondo, sino que se convierte en el protagonista que detiene la mirada del espectador. «Informalismos» es, por tanto, una reivindicación del objeto y del espacio urbano como elementos cargados de significado, capaces de narrar la transformación social y cultural de una España en transición.

«LA PLAYA» 1972-1980

Con «La playa», Carlos Pérez Siquier da un giro radical en su lenguaje fotográfico. La serie, realizada en color, retrata el veraneo popular en las costas almerienses durante los años setenta, en plena efervescencia del turismo de masas. Aquí, el color, además de ser un recurso estético, se convierte en un vehículo narrativo que potencia el contraste entre lo tradicional y lo moderno, entre lo local y lo global. Cada fotografía es una representación casi teatral del verano en la costa. Los gestos espontáneos y las poses despreocupadas, los bañadores llamativos, los accesorios playeros, el maquillaje o el aceite bronceador sobre los cuerpos tostados al sol configuran un retrato coral de una España en plena transformación social que empieza a abrirse al turismo, al consumo y al ocio. Pérez Siquier aborda este nuevo paisaje que la sociedad española estaba construyendo con un enfoque frontal a partir de su intuición —sin *flash*, fotómetro o *zoom*— y con una composición cuidada que refuerzan la sensación de teatralidad y conforman un universo visual que mezcla humor, crítica y ternura. «La playa» es también una reivindicación de la fotografía en color como medio artístico en un momento en que aún era menospreciada por los círculos académicos. Con esta serie, Pérez Siquier se sitúa como pionero de una estética pop que conecta con el lenguaje visual del arte contemporáneo internacional.



«TRAMPAS PARA INCAUTOS»

1980-1992

Carlos Pérez Siquier culmina su exploración del paisaje urbano y social con la serie «Trampas para incautos». Desde una mirada crítica, lúdica y profundamente estética, el fotógrafo se aleja aquí de la figura humana para centrarse en los objetos, los símbolos y los escenarios que la sociedad de consumo ha dejado tras de sí: parasoles con escenas de cine, muñecos gigantes de feria o fachadas decoradas con elementos *kitsch*, entre otros. Estas imágenes, cargadas de humor y ambigüedad, nos invitan a cuestionar la realidad aparente. Lo que parece cotidiano se transforma, mediante el encuadre y la perspectiva, en una escena fantástica o absurda. El fotógrafo juega con el trampantojo y nos propone una lectura alternativa del mundo que nos rodea. En este sentido, se aproxima a la sensibilidad de autores como Luigi Ghirri, para quien la ciudad es un patio de recreo de la imaginación. Es la mirada más pop de la trayectoria de Pérez Siquier, una mirada que transforma lo vulgar en arte y lo trivial en símbolo.

«ENCUENTROS» 2002

La serie «Encuentros» marca una etapa de madurez en la obra de Carlos Pérez Siquier, en la que el fotógrafo se aleja de la crítica social explícita para adentrarse en una exploración más introspectiva y poética del entorno. Realizadas en color y con una cuidada composición, estas imágenes captan escenas aparentemente banales que, bajo la mirada del autor, se transforman en momentos de revelación estética que invitan a mirar con otros ojos lo que suele pasar desapercibido.

«Encuentros» se desarrolla principalmente en enclaves del litoral almeriense, como el Cabo de Gata o Roquetas de Mar, donde el fotógrafo encuentra una geografía propicia para el juego visual y la metáfora. El color, siempre protagonista en su obra desde los años sesenta, alcanza aquí una dimensión lírica, convirtiéndose en vehículo de emoción y de sentido.

«LA BRISEÑA» 2015-2017

«La Briseña» constituye el epílogo poético de la trayectoria de Carlos Pérez Siquier, una serie íntima y reflexiva llevada a cabo en los últimos años de su vida, cuando el fotógrafo se repliega hacia el interior de su cortijo en Benahadux, Almería. Este espacio, bautizado como La Briseña por la brisa marina que llega hasta su puerta, se convierte en escenario y protagonista de una mirada que ya no busca lo social ni lo urbano, sino lo esencial y lo espiritual. Las imágenes, de pequeño formato y en color, capturan objetos cotidianos, rincones domésticos y juegos de luz sobre paredes encaladas. La Briseña es, en palabras del propio autor, «el retiro ideal para enfrentarme a un paisaje austero, de espacios abiertos a la mirada», donde la fotografía se convierte en meditación y legado.